

HACIA LA UNIVERSIDAD EMPRENDEDORA

Por más que lo repitamos no va a ser suficiente: es importante reivindicar el papel fundamental de la universidad como puente entre el mundo académico y el mundo laboral. Estamos de acuerdo en que las universidades, independientemente de su condición, cumplen una función pública fundamental que es la generación de conocimiento. Sin embargo, si realmente queremos que éstas realicen una contribución real a la sociedad, la universidad debe perseguir un objetivo más ambicioso que pasa no sólo por la creación de conocimiento, sino también por la difusión del mismo mediante todas las vías posibles. O dicho de una forma más práctica: de acuerdo que la misión social de las universidades sea la formación del mejor talento pero, demagogias aparte, no hay nadie que pueda no estar de acuerdo en que el objetivo final debe ser la formación de universitarios que, una vez dejen las aulas reciban las mejores ofertas de trabajo posibles. ¿Y cómo se consigue esto? La respuesta es sencilla: basta con adaptar la formación y la investigación que se realiza en las universidades a las necesidades del mundo real y empresarial. El reto radica precisamente en determinar cuáles son realmente estas necesidades y cómo formar graduados que las satisfagan.

En una conferencia impartida en la Universidad de Stanford, Steve Jobs destacó algunos valores fundamentales que las nuevas generaciones debían tener para afrontar los retos de esta nueva era:

la perseverancia, la capacidad de asumir riesgos, el amor por lo que uno hace, la fortaleza para asumir el fracaso y la madurez para afrontar los éxitos. En definitiva, lo que Jobs estaba definiendo eran los rasgos que claramente definen lo que se conoce como una «mentalidad emprendedora». Así pues, la necesidad está claramente identificada: la sociedad necesita jóvenes con mentalidad y valores emprendedores. Pero el reto persiste: ¿cómo fomentar esta mentalidad y estos valores desde las aulas universitarias?

Lo primero y más importante es desterrar para siempre la visión que aún persiste de que la formación emprendedora consiste exclusivamente en proporcionar las herramientas necesarias para la creación de la empresa propia. La formación emprendedora no sólo desarrolla habilidades de gestión empresarial, sino complementa el desarrollo profesional del alumno con competencias tales como liderazgo, trabajo en equipo, motivación, comunicación, creatividad o planificación, entre otros. Por tanto, no se trata solamente de incluir asignaturas relacionadas con la creación de empresas en los distintos grados, sino de incluir nociones de «management» en todas las actividades curriculares de la universidad. Es decir, se trata de ser capaces tanto de formar biólogos que puedan crear sus propias empresas de biotecnología, como de contar con excelentes directivos en la comunidad científica.

El reto pasa también por un fomento mucho mayor del uso de las nuevas

CRISTINA
CRUZ SERRANO

Dtra. Cátedra Jóvenes
Emprendedores IE



«Hay que lograr
mayores puntos
de encuentro
entre sociedad y
universidad»

«Convirtamos
nuestras
universidades en
instituciones
empreendedoras»

tecnologías, con el fin de dotar de una mayor flexibilidad al proceso de aprendizaje. De esta forma, el alumno podrá compaginar la adquisición de conocimientos con la realización de prácticas en empresas, aprendizaje de otros idiomas o el fomento de otro tipo de capacidades que contribuyan a su formación como profesional.

Finalmente, hay que lograr mayores puntos de encuentro entre la universidad y la sociedad, teniendo claro que estos intercambios tienen que estar basados en colaboraciones con objetivos claramente definidos. Lamentablemente, es de todos conocido cómo algunos intentos de crear parques científicos o tecnológicos, o incubadoras de empresas, no han dado los frutos esperados, al no estar sustentados en una interrelación real de las universidades con sus entornos.

En resumen, estamos ante una generación de jóvenes que ha nacido con la tecnología, que es experta en las redes sociales, que cree de verdad en el compromiso social y que tiene ganas de cambiar el mundo. Aprovechemos estas cualidades para darles las herramientas necesarias para hacer de estos deseos de cambio una realidad. En vez de invertir tiempo y recursos en lamentarnos por la existencia de una generación perdida y en culpar en parte a las empresas de ello por no absorber la oferta universitaria, convirtamos nuestras universidades en instituciones emprendedoras y animémoslas a asumir una política proactiva de promoción de su talento al mundo empresarial.